

EL MAL EN LA HISTORIA: UNA INTERPELACIÓN A LA ACCIÓN. APORTES DESDE EL PENSAMIENTO DE PAUL RICOEUR

Evil in history: a call to action. contributions from the thought of Paul Ricoeur

Maximiliano Basilio Cladakis¹ (UNSAM-CONICET)

ORCID: 0000-0002-0537-2693

maximiliano.cladakis@gmail.com

Artículo Recibido: Febrero de 2026.

Artículo Aprobado: Mayo de 2026.

Resumen:

El presente trabajo aborda la problemática del mal en el pensamiento de Paul Ricoeur, como un llamado a la acción. Frente a las distintas tradiciones que intentan conceptualizarlo, Ricoeur retorna a la experiencia del mal tal como esta es padecida en la historia de los hombres. Esta reorientación supone comprender el mal como una realidad efectiva e histórica, vinculada a la falibilidad humana y al sufrimiento. El presente estudio se desarrollará a partir de la exposición e interpretación de algunos pasajes de la obra del filósofo francés. A partir de esta metodología, se intentará mostrar que la reflexión ricoeuriana conlleva una convocatoria al compromiso, a la responsabilidad y a involucrarnos en una praxis comprometida. Desde esta perspectiva, pensar el mal implica, en consecuencia, asumir la tarea de combatirlo en la historia concreta mediante acciones que disminuyan la violencia y el sufrimiento humano.

Palabras clave: Ricoeur; Mal; Acción; Hermenéutica; Fenomenología.

.Abstract:

This paper addresses the problem of evil in the thought of Paul Ricoeur as a call to action. In contrast to the various traditions that attempt to conceptualize it, Ricoeur returns to the experience of evil as it is suffered throughout human history. This reorientation involves understanding evil as

¹ Doctor en Filosofía por UNSAM. Actualmente se desempeña como Docente Adjunto en la Carrera de Filosofía de esta Casa de Estudios. Es Investigador Adjunto del CONICET. Dirige el Proyecto de Investigación “La violencia como elemento en la historia. Perspectivas fenomenológico-hermenéuticas” (UNSAM). Su área de trabajo es la intersección entre fenomenología, existencialismo y marxismo. Tiene artículos publicados sobre estas temáticas en Argentina, Brasil, México, España, Colombia y Perú. Es autor del libro *Sartre y Merleau-Ponty. La conciencia, el otro, la historia*.

an actual and historical reality, linked to human fallibility and suffering. This study will be developed through the exposition and interpretation of selected passages from the French philosopher's work. Using this methodology, it will attempt to show that Ricoeur's reflection leads to a call for commitment, responsibility, and involvement in engaged praxis. From this perspective, thinking about evil consequently implies taking on the task of combating it in concrete history through actions that reduce violence and human suffering.

Keywords: Ricoeur; Evil; Action; Hermeneutics; Phenomenology.

I. Introducción

Alfredo Martínez Sánchez denomina al pensamiento de Ricoeur una filosofía de la acción (2000). Si bien la obra del autor de *Sí mismo como otro* quizá exceda esta definición, se trata de uno de sus hilos conductores, de una de las problemáticas que atraviesan momentos nucleares en el itinerario de su filosofía. La cuestión en torno a la acción se encuentra presente desde *Lo voluntario y lo involuntario* hasta *Los caminos del reconocimiento* y “una buena parte de su producción favorece una lectura guiada por la brújula de la acción” (Martínez Sánchez, 2000, p. 207).

Precisamente, la relevancia de la acción es una de las claves a partir de las cuales se aborda la problematización en torno al mal en el presente trabajo. Mi interés radica en exponer el modo en que la realidad efectiva del mal en la historia, como señala el título de este estudio, significa una interpelación a la acción. En este sentido, el mal no constituye únicamente un problema teórico o metafísico, sino una experiencia concreta que convoca a la praxis, al obrar humano en su dimensión ética y política. En Ricoeur, la reflexión sobre el mal se desplaza del terreno de las causas primeras al de las mediaciones simbólicas y narrativas que configuran la acción. Es decir, el mal se presenta no sólo como aquello que debe ser comprendido, sino como aquello frente a lo cual el ser humano se descubre llamado a responder. Comprender el mal implica, al mismo tiempo, interpretar las condiciones y los límites de la acción capaz de resistirlo o transformarlo.

La forma en que Paul Ricoeur comprende el mal como un escándalo tanto para la filosofía como para la teología se direcciona hacia esta problemática. Este escándalo remite a la tesis ricoeuriana de que se trata de un fenómeno imposible de ser reducido a un concepto claro y distinto. Abandonar la máxima cartesiana es una exigencia que se abre hacia una doble tarea. Por un lado, en la historia de la metafísica la cuestión en torno al mal ha sido abordada principalmente como privación. Esta idea atraviesa el devenir del pensamiento filosófico de una u otra manera. Sin embargo, cuando el mal es conceptualizado, inteligibilizado, explicado, se aleja de la experiencia efectiva del mal. A partir de esto, por otro lado, se hace necesario un pensamiento que intente

comprender el mal en la experiencia concreta de la historia. Esto significa un pensamiento abierto a la paradoja, a lo ambiguo y que no intente dar una explicación a un fenómeno que se presenta como un abismo para la razón.

Consideramos que se trata de un tema cuya relevancia se orienta en tres direcciones complementarias. Por un lado, es un tema que puede ser un aporte en torno al vínculo entre la hermenéutica y el compromiso ético-político en Ricoeur. Por otra parte, puede prestarse a continuar profundizando un problema de tal magnitud como lo es el del mal. Finalmente, consideramos que la pregunta en torno al mal y su interpelación a la acción es una cuestión urgente en el horizonte contemporáneo.

Con esta finalidad me centraré en el texto “El mal: un desafío a la teología y a la filosofía”, en algunos puntos de *Finitud y culpabilidad* y también me referiré a algunos de los escritos ético-políticos como “El hombre no violento y su presencia en la historia” y “Tareas del educador político”. El trabajo constará de cinco apartados. En el primero, expondremos las críticas de Ricoeur a la idea del mal como privación. En el segundo, nos abocaremos al modo en que el mal se presenta como una realidad efectiva en la historia. En el tercero, señalaremos la dialéctica entre el mal sufrido y el mal cometido. En el cuarto, se abordará la forma en que el filósofo francés comprende la idea paulina de pecado original distanciándose de la tradición orgánica-jurídica. En el quinto y último punto, nos detendremos en la pregunta sobre el “qué hacer” con la existencia del mal, lo que significa involucrarnos en una cuestión ética y política.

II. Un desafío y un escándalo

La presentación del problema del mal como un desafío (Ricoeur, 2008, p. 171) y como un escándalo (Ricoeur, 1991) realizada por Paul Ricoeur resulta crucial para adentrarnos en el tema que hace a este trabajo. Ambas definiciones se encuentran profundamente vinculadas. El desafío del mal se refiere a la imposibilidad que este presenta para el pensamiento racional. Frente a la exigencia de la consistencia lógica que caracteriza tanto a la filosofía y a la teología, el fenómeno del mal parece sobrepasar las posibilidades de inteligibilización. El filósofo francés señala las tres proposiciones que, si cada una fuese verdadera, su coexistencia sería imposible: “Dios es omnipotente; Dios es absolutamente bueno”; “El mal existe” ¿Cómo pueden ser afirmadas conjuntamente”(Ricoeur, 2008, p. 171). Este es el desafío que nos presenta.

Considero que esta manera de enfrentarse a la cuestión del mal por parte de Ricoeur se articula de manera coherente y consistente con otros aspectos de su filosofía. Cuando aborda el problema del mal se presenta el intento de pensar una filosofía que, por un lado, no intenta explicar

el fenómeno, sino comprenderlo. La filosofía y la teología se ven interpeladas a involucrarse en una mirada que intente comprender el modo en que el mal se nos presenta en la historia personal y en la historia pública. La cuestión del mal, en este punto, pone en jaque una forma de comprender la filosofía. Y lo hace de una manera que excede los criterios de exigencia lógica y que significa una interpelación más profunda, más vital, más existencial.

Desde mi perspectiva, la problematización ricoeuriana del mal no tiene por finalidad desestimar la cuestión o arrojarla al ámbito de la irracionalidad, sino de reorientar la pregunta hacia una dirección que significa, al mismo tiempo, una reorientación de la filosofía. Cabe remarcar que no es de mi interés adentrarme en el ámbito de la discusión teológico-metafísica, sino seguir los planteos de Ricoeur para, como se señaló en la introducción, abordar el problema del mal desde una perspectiva que convoque a la acción. Las críticas del filósofo francés hacia la tradición metafísica de herencia neoplatónica y que encuentra su expresión más acabada en San Agustín, deben ser mencionadas en vistas de la originalidad del planteo ricoeuriano y no en el sentido de si son válidas o no. Es desde esta perspectiva que me interesa señalar el modo en, según el autor de *Sí mismo como otro*, la tradición mencionada niega la tercera de las proposiciones, es decir, la de la existencia del mal.

Frente a la posición polémica de la tesis de Ricoeur, es importante recordar lo que dice Jorge Peña Vidal (2009) acerca de que se trata de una “una invitación o una provocación a pensar más o a pensar de otra manera y que esto último es lo que pretende Ricoeur al poner en entredicho un modo de pensar sometido a la exigencia de coherencia lógica, es decir, tanto de no contradicción como de totalidad sistemática” (p. 85).

Continuando con la afirmación de Vidal, es importante señalar el modo en que Ricoeur sostiene que la concepción del mal como privación del bien sacrifica la experiencia vivida de quien padece el mal en virtud de la coherencia lógica. Este, precisamente, es el sentido más profundo del escándalo del mal. Sacrificar la voz del sufriente en los altares de las exigencias lógicas constituye, para el filósofo francés, el verdadero escándalo.

En este aspecto, colocando en un plano de equivalencia a Pelagio y a Agustín el filósofo francés dice lo siguiente:

Más gravemente, al ofrecer dos versiones opuestas de una visión estrictamente moral del mal Agustín y Pelagio no responden a la protesta del sufrimiento injusto: el primero porque la reduce al silencio en nombre de la inculcación masiva del género humano, el segundo porque la ignora en nombre de una preocupación altamente ética por la responsabilidad (Ricoeur, 2008, p. 178)

La pregunta por el clamor del sufriente lleva a Ricoeur a pensar en un modo radical la cuestión del

mal. Cuando hablamos de radicalidad nos referimos a las raíces existenciales de la experiencia, previas a la institución de conceptos claros y distintos. En términos metodológicos, Paul Ricoeur realiza un movimiento arqueológico regresivo. Sus críticas a la tradición neoplatónico-agustiniana conllevan un pensamiento que, en términos de Merleau-Ponty, se ubica “más acá” del pensamiento reflexivo. En este sentido, considero que las críticas a Agustín tienen por propósito habilitar la propuesta ricoueriana.

La figura del sufriente se presenta como una vía de acceso a la problemática del mal. Juan Pablo Martínez Martínez (2012) dice que la pregunta por el sufriente “situaría el problema del mal sufrido ya no en una dimensión metafísica o en una dimensión moral, sino en una dimensión antropológica-trascendental” (139). Si bien los objetivos que plantea el autor en su artículo no se corresponden a los de mi trabajo², el modo en que advierte el desplazamiento de la metafísica hacia la antropología en la propuesta ricoueriana la considero sumamente acertada. En este aspecto, se observa lo que mencionamos en la introducción del presente trabajo. La propuesta de Ricoeur conlleva un modo de pensar la filosofía donde la experiencia humana es tomada como punto de partida del pensamiento.

En este punto, me interesa señalar el modo en que Ricoeur retorna a los modos de expresión del mal sufrido. Retomando la tradición del *Antiguo Testamento* el filósofo francés se detiene en el reproche y en la lamentación. Los *Salmos* de David, el *Libro de Job*, las *Lamentaciones* de Jeremías, ofrecen una apertura a la voz del sufriente. Posteriormente, tras una reconfiguración existencial, los discursos sapienciales son la expresión de un sí mismo que se transforma a partir de la experiencia del mal.

III. Hacer el mal, padecer el mal

Ahora bien, considero sumamente importante retrotraernos a las meditaciones en torno a la condición humana realizadas por Ricoeur en *Finitud y culpabilidad*. En esta obra, más precisamente, en su primera parte, “El hombre falible”, la descripción de la situación histórica del hombre como sujeto padeciente, nos sumergen en un ámbito donde los seres humanos no somos ni un *cogito* absolutamente claro a sí mismo, ni una autoconciencia que hace a la historia de manera absolutamente libre y racional. El hombre es falible. Esta afirmación expresa el modo en que la condición humana se encuentra atravesada por fallas, fisuras y opacidades. Esta inherencia de nuestra existencia con la falibilidad es una de las vías de acceso al mal. Ricoeur (2004) lo dice con claridad: “¿qué significa que el hombre sea falible? Esencialmente lo siguiente: que la posibilidad

²Con todo, este trabajo significa una muy interesante propuesta en torno a la posibilidad de relación entre los planteos de Paul Ricoeur y la tradición metafísica.

del mal está inscrita en la constitución del hombre” (p. 151). El planteo que Ricoeur lleva a cabo en *Finitud y culpabilidad*, acerca de la relación entre la falibilidad del hombre y el problema del mal expresa de manera cabal lo que dije en el final del punto anterior.

En la obra de 1960 la falibilidad del hombre nos sumerge en el pecado. Es la debilidad lo que nos constituye en el Mal. El sentido finito de la condición humana nos hace frágiles. Esta fragilidad se expresa en dos modos de relación con el mal. Por un lado, se trata de hacer el mal y de padecer el mal. Ambas, aunque contrarias, nos ponen en subordinación con el mal. Nuestra fragilidad se manifiesta tanto cuando somos seducidos por el poder de las tinieblas como cuando padecemos la acción del otro.

El símbolo del cuerpo esclavizado es el símbolo de un ser pecador que es a la vez *acto* y *estado*; es decir, un ser pecador en el que el acto mismo de esclavizarse se anula como «acto» y degenera como «estado»; el cuerpo es el símbolo de esa libertad anulada, de un compuesto cuyo componente se ha evaporado. En el lenguaje de San Pablo, el «acto» es la «ofrenda» del cuerpo a la servidumbre. (Ricoeur, 2004, pp. 305-306)

La falibilidad del hombre, para Ricoeur, no se expresa solo en quien sufre el mal del otro, sino también en quien realiza el mal. Retomando “El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología”, la persona que ejecuta el mal “encierra el sentimiento de haber sido seducida por fuerzas superiores que el mito demonizara” (Ricoeur, 2008, p. 173). En este aspecto quiero destacar uno de los puntos que considero sumamente enriquecedores del planteo de Ricoeur: el sentido relacional del mal.

Entre otras características, el hombre falible es tanto el que hace el mal como el que lo sufre. Ricoeur hace mención al modo en que tradicionalmente ambos fenómenos parecen ligados. El mal hace converger, en primera instancia, el obrar como el padecer. El mal se presenta como una suerte de escenario donde víctimas y victimarios dramatizan la tragedia humana. Sin embargo, es importante el aporte del filósofo francés en distinguir ambas experiencias y el modo en que son percibidas y valoradas ambas posiciones y su vínculo con el sufrimiento.

Por otra parte, una causa principal de sufrimiento es la violencia que el hombre ejerce sobre el hombre: en verdad, hacer mal es siempre, directa o indirectamente, perjudicar a otro, y, por tanto, hacerlo sufrir; en su estructura relacional —dialógica— el mal cometido por uno encuentra su réplica en el mal sufrido por los otros; en este punto de intersección es donde se agudiza más el grito del lamento, cuando el hombre se siente víctima de la maldad del hombre; de ello dan testimonio tanto los Salmos de David como el análisis de Marx sobre la alienación resultante de la reducción del hombre al estado de mercancía. (Ricoeur, 2008, p.173)

El movimiento regresivo de Ricoeur nos retrotrae de la metafísica al ámbito de la experiencia intersubjetiva. El mal que hago se lo hago al otro. En un texto muy sugerente, Chiara Pesaresi

(2017) habla de la herencia hegeliana en torno a la cuestión del reconocimiento en el pensamiento de Ricoeur. La cuestión en torno al mal puede ser leída como una reinterpretación del momento de la dialéctica del amo y del esclavo de la *Fenomenología del Espíritu*. Obviamente, hay diferencias innegables, como algunas que señalaremos en el siguiente apartado. Sin embargo, la comprensión del mal como una relación dialéctica entre quien obra y quien padece remite a una lectura antropológica de Hegel.

Si la diferenciación entre quien hace el mal y quien lo sufre significa una especie de incorporación del método analítico por parte de Ricoeur, su sentido relacional nos coloca en el ámbito de la síntesis. En este punto se presenta una cuestión sumamente importante para los objetivos del presente trabajo. Al hacer el mal, el hombre aparece como agente de una acción que significa una transgresión a normas, valores y leyes de una comunidad. Considero esto de suma relevancia ya que se vincula el mal con la acción. El planteo ricoeuriano se aleja de la metafísica para adentrarse en el ámbito de la acción.

El efecto más visible de esta extraña experiencia de pasividad en el corazón mismo de la mala acción es el de sentirse víctima aun en el hecho de ser culpable. Si partimos del otro polo observamos la misma confusión de frontera entre culpable y víctima. Dado que el castigo es un sufrimiento que consideramos merecido ¿quién sabe si todo sufrimiento no es, de una manera o de otra, el castigo de una falta personal o colectiva, conocida o desconocida? (Ricoeur 2008, pp. 173-174)

Frente al mal actuado la respuesta es la condena ética o la condena jurídica, dependiendo de qué tipo de falta se lleve a cabo en un contexto determinado. El sujeto actuante es merecedor de una pena. Por otra parte, el que sufre el mal, lo hace de manera pasiva. Se trata de aquel que recibe una acción que disminuye su capacidad de obrar, de pensar y de sentir. Es vejado externamente. Sin embargo, sería todavía un pensamiento abstracto reducir la cuestión a un sujeto que obra y otro que padece. Por un lado, no todo sufrimiento proviene de la acción de un otro. Existen las catástrofes naturales, la enfermedad y la muerte. Por otro lado, la pena a quien hace el mal significa que el sujeto agente se reconfigura como alguien que sufre de manera pasiva el castigo impuesto por la comunidad. Entra aquí el sentido retributivo de la justicia; quien hace un mal recibe otro mal. En tercer lugar, se trata de una relación donde el mal aparece como aquello que vincula a dos sujetos, el que obra y el que padece están relacionados por el mal. Se abre de nuevo la pregunta por el mal como aquello del que uno es agente y el otro padeciente.

IV. El otro lado de la historia

Desde mi perspectiva, en este punto entra en juego una dimensión sumamente relevante del planteo de Ricoeur: la inscripción del hombre en la historia. En este punto, la comprensión del mal a partir de una relación de un sujeto que hace el mal a otro en una lógica agente-paciente, como hemos señalado, es el camino elegido por Ricoeur para comprender el mal. Sin embargo, detenernos en este punto significaría incurrir en una abstracción. En términos de Merleau-Ponty, se trataría de una mirada de sobrevuelo, que reduce la cuestión a una perspectiva subjetiva abstracta. Los sujetos involucrados en la lógica del mal se encuentran comprometidos en una historia. Precisamente, el filósofo francés señala que cuando somos víctimas o testigos de la vejación de un hombre contra otro, no los percibimos como actos que se agotan en sí mismos sino que los inscribimos en una historia. Ricoeur dice que “la experiencia individual y comunitaria acerca de la impotencia del hombre ante el poder demoníaco de un mal que ya está ahí antes de toda iniciativa mala asignable a una intención deliberada (Ricoeur, 2008, p. 178).

Como señalé unos párrafos atrás, la condición humana aparece portando una falla. El sentido de esta falibilidad, que parece inherente al ser humano, se encuentra consubstancializada con la cuestión del mal. Obrar mal o sufrir el mal son síntomas de la falibilidad del hombre. Ricoeur propone retrotraernos al modo en que se expresa la experiencia del mal en un estadio pre-especulativo. La perspectiva del mito resulta fundamental para este primer acercamiento. Los mitos de origen hacen converger la cosmología con la ética. Los relatos en torno a la creación nos hablan, al mismo tiempo, del origen del mal, de una fisura en el hombre. En la narración de la creación del mundo se presenta de manera inherente la naturaleza fallida del hombre. En el estadio del mito, nos encontramos con el hombre ya caído. “Procediendo así el mito no expresará sino el sentimiento de pertenecer a una historia del mal que siempre precede a cada uno (Ricoeur, 2008, p. 173).

Quien hace el mal se nos presenta como la prolongación de un mal que lo antecede, sobrepasa y que seguirá existiendo. La víctima del mal, también se inscribe en la tradición de las víctimas. El planteo de Ricoeur posibilita una comprensión en torno a las lógicas deshumanizantes que nos sumerge en el otro lado de la historia. El Mal, pues, posee una historia. Esto conlleva repensar la historia en una transgresión de las perspectivas optimistas características de la modernidad.

En este punto se debe señalar la distancia de Ricoeur con la forma en que Hegel explica el mal a partir de su idea en torno a la astucia de la razón. El mal sería entonces justificado, a partir de ser un elemento necesario para la conformación de una etapa superior del espíritu: “La dialéctica hace de esta manera, coincidir en todas las cosas lo trágico de la lógica: es necesario que cualquier cosa muera para que cualquier cosa mayor nazca. En este sentido, el mal es, sobre todo, y antes que todo, superado; en la medida en que la reconciliación lo conduce siempre hacia el desgarramiento”

(Ricoeur, 2008, p. 181). Desde las perspectivas de las víctimas, cabe preguntarse acerca del valor de esa etapa superior del Espíritu.

Para nosotros, que leemos a Hegel después de las innumerables catástrofes y sufrimientos del siglo, la disociación operada por la filosofía de la historia entre consuelo y reconciliación se ha convertido en una gran fuente de perplejidad: cuanto más prospera el sistema tanto más son marginadas las víctimas. El éxito del sistema constituye su fracaso. El sufrimiento es lo que se aparta del sistema mediante la voz de la lamentación (Ricoeur, 2008, p. 183).

El relato histórico moderno se fundamenta en la idea de progreso. En este aspecto es interesante destacar el modo en que Jan Patočka (1999) interpreta el sentido positivista de la historia desde la perspectiva de lucha contra las tinieblas. La historia se encontraría determinada por la razón y la técnica. Lo otro es la no historia. Como señalamos en unas páginas atrás, este sentido progresivo se encuentra aún en Hegel. Obviamente que con dos diferencias. Por un lado, el autor de la *Fenomenología del espíritu* no es positivista. Por otro lado, incorpora el mal en la historia como el momento negativo que hace que esta progrese hacia formas más elevadas. Si el positivismo moderno comprendía la historia como lucha contra lo negativo, Hegel, en cambio, incorpora lo negativo como momento de la historia.

Ahora bien, ambas posiciones se encuentran relacionadas por la idea de progreso. Ricoeur plantea, por el contrario, una historia del mal. El mal se presenta, entonces, como inherente a la experiencia humana. Sin embargo, no es lo negativo en sentido hegeliano, sino que es lo negativo en el sentido de aquello que aniquila. Ricoeur retoma los planteos de Karl Barth, acerca del mal como una nada aniquiladora que se realiza de manera efectiva en la historia.

Quebrada es, en efecto, la teología que reconoce en el mal una realidad inconciliable con la bondad de Dios y con la bondad de la creación. Para esta realidad Barth reserva el término *das Nichtige*, para distinguirla radicalmente del aspecto negativo de la experiencia humana, el único que cuenta para Leibniz y Hegel. Hay que pensar una nada hostil a Dios, no solamente una nada de deficiencia y privación sino una nada de corrupción y destrucción (Ricoeur, 2008, pp. 183)

Estas palabras de Ricoeur son sumamente sugerentes para pensar en varias cuestiones. Por un lado, la idea de una dialéctica que no absorba todos los momentos del movimiento y sin síntesis final. Esta cuestión podría vincularse con la idea de una dialéctica abierta propuesta por Ricoeur. Por otra parte la mención a Leibniz y a Hegel en el contexto del ensayo se inscribe en una crítica a la teodicea Si bien ambos temas son sumamente importantes exceden lo que puede presentarse en este artículo.

Ahora bien, lo que me interesa destacar es el modo en que Ricoeur comprende que lo demoníaco se realiza en la historia y no es un momento que, astucia de la razón mediante, llevará a una nueva y superior etapa del mundo. Se trata de una fuerza sobrehumana que se impone contra los hombres. Si la víctima es quien sufre el mal cometido por otro, el victimario no es un sujeto absolutamente libre, sino que se inscribe en una historia del mal que no es inaugurada por él. El mal se presenta como una fuerza de destrucción que, como se dijo en otro momento, posee el poder de seducir a los hombres.

V. Nacer a la historia, nacer al mal

Este punto es sumamente importante. Comprender el mal como el otro lado de la historia, nos remite a la pregunta por el origen del mal. Esto lleva a la pregunta de Ricoeur por el pecado. La relación entre mal y pecado se encuentra instituida en la tradición teológica desde hace siglos. En la tradición cristiana, el mal comienza con el pecado original. Ricoeur realiza una hermenéutica en torno a este tema que lo aleja de la posición agustiniana. La idea de pecado original se reconfigura como lo que está ya desde el origen. Cómo señalamos en el primer capítulo, no es interés de nuestro trabajo sumergirnos en la discusión del filósofo francés con respecto a la tradición teológica, sino hacer hincapié en su propuesta para elucidar una comprensión del mal como un fenómeno que interpela a la acción.

En *El conflicto de las interpretaciones* Ricoeur dedica dos de sus trabajos a la cuestión del pecado original. En estos trabajos el filósofo francés se opone a la lectura jurídico-orgánica del pecado original como herencia que de la especie cae sobre el individuo a partir del pecado del primer hombre. En este sentido, el pecado original es releído como el pecado que existe antes que nosotros, que no inauguramos. Ahora bien, no se trata de un pecado que llevamos nosotros como individuos, sino de un pecado con el cual nos encontramos al nacer en el mundo. En este punto, considero que es muy interesante la lectura de Sergio Moya Mena acerca de la interpretación ricoeuriana de la serpiente. El autor sostiene: “La serpiente no debe ser considerada únicamente desde la perspectiva de su rol narrativo. Efectivamente representa la inescrutable dramatización de un mal que está ya ahí (Moya Mena, 2006, p. 35)”.

Considero que la tesis de Ricoeur abre una serie de perspectivas sumamente enriquecedoras. El punto anterior de este trabajo hablaba del otro lado de la historia. La idea de la presencia del mal en la historia, un mal que no puede ni debe ser determinado como un momento necesario en el despliegue del Espíritu, nos sumerge en una comprensión de la historia que, como remarcaré en el próximo apartado, nos conmueve existencialmente. Nacemos a una historia donde el mal está ahí.

El mundo histórico precede a nuestras existencias individuales, ese mundo es donde desplegamos nuestras vidas. El hecho de que el mal sea una realidad previa significa que es anterior a nosotros. Si el mal se efectiviza en una historia del mal, nacer al mundo, es nacer al mal. El mal se encuentra atravesando una historia de la que somos partícipes. Esto me involucra de manera integral. Si el mal está ahí, no iniciado por mí, pero en una presencia que se realiza de manera continua, es mi elección continuarlo o no. Yo no soy quien origina el mal pero puedo ser quien lo continúe y extienda su historia.

La interpretación ricoeuriana del pecado original expresa una comprensión de la historia donde no se trata de inteligibilizar el comienzo del mal, sino de remarcar el modo en que su presencia es una realidad efectiva que nos antecede.

No obstante, esta función de universalización de la experiencia de Israel extendida al género humano no es todo: el mito adánico revela al mismo tiempo ese aspecto misterioso del mal, a saber, que si bien cada uno de nosotros lo inicia, lo inaugura. — algo que Pelagio vio muy bien —, también cada uno de nosotros lo encuentra, lo encuentra ya ahí, dentro de sí, fuera de sí, previo a sí mismo (Ricoeur, 2015, p. 258).

Ahora bien, el hecho de que cada uno de nosotros encuentre al mal estando ya ahí, fuera de nosotros, como una presencia efectiva, se articula con una exigencia con respecto a la historia. Este punto, precisamente, es nodal para mi trabajo. La presencia efectiva del mal significa una interpelación existencial a cada uno de nosotros. Las siguientes palabras de Ricoeur son claras pero además convocantes.

Para toda conciencia que se despierte a la toma de responsabilidad, el mal *ya* está *allí*. Al localizar el origen del mal en un antepasado lejano, el mito revela la situación de todo hombre: eso ya ha tenido lugar. No inauguro el mal; lo continúo; estoy implicado en el mal; el mal tiene un pasado; es su pasado; es su propia tradición. Así, el mito liga a la figura del ancestro del género humano el conjunto de los rasgos enumerados anteriormente: realidad del pecado previa a toda toma de conciencia, dimensión comunitaria del pecado irreductible a la responsabilidad individual, impotencia del querer que abarca toda falta actual. (Ricoeur, 2015, p. 258).

La historia no es un objeto que tenemos enfrente de nosotros. Ricoeur sostiene que somos históricos porque hacemos la historia. Precisamente, esa historia que se despliega entre y sobre nosotros nos tiene, al mismo tiempo, como sujetos activos o pasivos. En este aspecto se nos presenta de manera clara la cuestión en torno al compromiso. Nuestra existencia se encuentra arraigada en una historia, somos partes constituyentes de ella y, por lo tanto, responsables. En una historia atravesada por el mal, no hay lugar para la inocencia. Debemos elegir. Se trata de prolongar el mal en el mundo o de combatirlo.

Ricoeur realiza cuatro advertencias que se deben tomar en cuanto al pensamiento sobre el pecado original., las cuales me parecen muy importantes de destacar.

Finalmente, entonces, concluiré con estas cuatro advertencias. (1) Nunca tenemos derecho a especular sobre el concepto de pecado original —el cual, tomado en sí mismo, no es sino un mito racionalizado— como si tuviese una consistencia propia: explicita el mito adánico, tal como éste explicitaba a su vez la experiencia penitencial de Israel. Siempre debemos volver a la confesión de los pecados de la Iglesia. (2) Nunca tenemos derecho a especular sobre *el mal que ya está ahí*, más allá del mal que nosotros planteamos. En ello radica, sin duda, el misterio último del pecado: comenzamos el mal, para nosotros el mal entra en el mundo, pero sólo comenzamos el mal a partir de un mal que ya está allí, y del cual nuestro nacimiento constituye el símbolo impenetrable. (3) Nunca tenemos derecho a especular sobre el mal que comenzamos ni sobre el mal que encontramos, fuera de toda referencia a la historia de la salvación. El pecado original no es más que un antitipo. (Ricoeur, 2015, p. 260)

Si el mal es una realidad efectiva de la historia, se trata de un fenómeno que nos interpela a la acción. La pregunta por el mal se reconfigura como una pregunta práctica-existencial. Si el Mal está ahí, ¿qué debemos hacer frente a él?

VI. La pregunta fundamental en torno al mal en el orden de la acción “¿Qué hacer?”

En el tercer punto del artículo “El mal: un desafío a la filosofía y a la teología”, Ricoeur habla de la interpelación del mal hacia tres dimensiones de la experiencia humana: pensar, actuar y sentir. Continuando el objetivo del presente escrito, me detendré en la segunda. Ante la pregunta sobre el mal, desde la perspectiva de la acción, este es “aquello que no debería ser, sino que debe ser combatido” (Ricoeur, 2008, p. 186). Su presencia en la historia nos compele a una respuesta del orden práctico En *Los caminos de reconocimiento* (2006), cuando expone la cuestión del ágape, el filósofo francés dice que un acto gratuito llama a la gratuidad. En este sentido “la gratitud se presenta como la respuesta a esa convocatoria desde una perspectiva que no es equivalente a la obligatoriedad del devolver” (Cladakis, 2024, p. 8). Me interesa señalar aquí el paralelismo entre dos fenómenos contrarios: si el acto de ágape, desinteresado y gratuito, nos convoca en su gratuidad a dar una respuesta (también desde la gratuidad), algo similar opera con el mal. Su presencia nos convoca a la acción. Claro está, que no se trata de una relación causa-efecto, sino que se nos presenta como una llamada. “Bajo el empuje del mito el pensar especulativo es llevado hacia atrás, hacia el origen: *de dónde* viene el mal. La respuesta —no la solución— es ¿qué hacer *contra* el mal? Así la mirada se vuelve hacia el porvenir mediante la idea de una *tarea* por cumplir, réplica de un origen por descubrir” (Ricoeur, 2008, p. 186).

De la pregunta con respecto al origen, la interpelación nos sumerge en el porvenir, nos compromete en una tarea. La presencia efectiva del mal nos convoca a luchar contra él. Como hemos visto, el mal se encuentra relacionado con el sufrimiento. La lucha contra el mal se reconfigura como lucha contra el sufrimiento: “No se crea que por acentuar la *lucha práctica contra* el mal perdemos de vista, una vez más, el sufrimiento. Por el contrario, “todo mal cometido por uno es padecido por otro. Hacer el mal es hacer sufrir al otro.” (Ricoeur, 2008, p. 186).

Con estas palabras, Ricoeur toma en consideración que, si su crítica a la comprensión tradicional del mal hacía perder de vista a la figura del sufriente, su centralidad en la acción debe guardarse de lo mismo. Por el contrario, luchar contra el mal es ocuparse del sufrimiento del otro. En este aspecto del problema, considero que aparece un tema fundamental y que motiva a este trabajo: la idea de compromiso ético y político.

La violencia no deja de rehacer la unidad entre el mal moral y el sufrimiento. A partir de aquí toda acción ética política que disminuye la cantidad de violencia ejercida por unos hombres sobre otros disminuye la tasa de sufrimiento en el mundo. Sustraigamos el sufrimiento infligido a los hombres por los hombres y se verá lo que queda de sufrimiento en el mundo; en verdad no lo sabemos porque es tan grande la violencia que impregna al sufrimiento. (Ricoeur, 2008, p. 186)

Tras estas palabras, Ricoeur señala que la respuesta práctica no agota la cuestión del mal y del sufrimiento. En el ámbito del sentir aparece la sabiduría como un momento de transfiguración de la propia existencia y de su forma de ver el mundo. Sin embargo, como mencioné al comienzo de este apartado, mi interés radica en detenerme en la cuestión de la acción. Lo que dice en esta conferencia entra en diálogo con otros textos de Ricoeur.

El combate contra el mal conlleva una nueva problematización en torno al modo en que puede darse este. Considero que, en este punto, se presenta otra de las aristas del pensamiento de Ricoeur que deben ser retomadas por el pensamiento contemporáneo: su carácter propositivo. Sin embargo, cabe aclarar que este carácter propositivo no significa una suerte de imperativo que deba seguirse, sino que más bien, se trata de posibles líneas de orientación. La historia misma donde se nos hace presente el mal, reconfigura, en su ambigüedad, el campo de lo posible. Si bien esta tarea supondría otro artículo quiero destacar dos ensayos de Ricoeur que presentan estas posibles líneas de acción. Por un lado, “El hombre no violento y su presencia en la historia”; el otro, “Tareas del educador político”. En ambos escritos, hay dos preocupaciones compartidas. En primer lugar, se trata de indagar acerca de la relación entre las fuerzas históricas concretas que atraviesan a una sociedad y las posibilidades de inscribirse en ellas. En segundo lugar, Ricoeur se preocupa por la

efectividad de ciertas líneas de acción.

En el primero, Ricoeur lleva a cabo una crítica al pacifismo abstracto para proponer una no violencia activa. Desde esta perspectiva, se plantea la no violencia como una acción concreta y no como una renuncia a la acción. No se trata, en forma alguna, de un rechazo meramente subjetivo, sino de situarse en los devenires de una historia atravesada por el conflicto y la contingencia. Como señala Graciela Ralón de Walton (2011), en este ensayo, “ante la alternativa del «yogui » y la del «comisario »³, analizada por Maurice Merleau-Ponty en *Humanismo y terror* (1956), Paul Ricoeur se pregunta bajo qué condiciones es necesario pensar la no-violencia para no caer en una actitud puramente pasiva al margen de la historia” (p. 407). La posición de rechazo a la violencia debe ser situada y encarnarse en un compromiso concreto.

Entiendo que hoy los no-violentos deben ser el núcleo profético de los movimientos propiamente políticos, es decir, centrados sobre una técnica de la reforma, de la revolución o del poder. Fuera de estas tareas institucionales, la mística no-violenta corre el riesgo de virar hacia un catastrofismo sin esperanza, como si el tiempo del desastre y de la persecución fuera la última oportunidad de la historia, como si sólo restara conciliar nuestra vida con el tiempo en que los actos fieles permanecerían sin eco, inadvertidos por todos, sin carga histórica. (Ricoeur, 2012, p. 16)

En “Tareas del educador político” Ricoeur declara explícitamente a quienes les habla:

Doy por supuesto que me dirijo a hombres y mujeres que no se consideran intelectuales sin compromisos ni tampoco militantes políticos sujetos a una disciplina partidaria. Doy por supuesto que me dirijo a intelectuales que buscan conductos a través de los cuales puedan ejercer honestamente una acción eficiente como educadores políticos. Digo desde ya que incluyo en esta tan vasta categoría a todos aquellos que se sienten responsables de la transformación, la evolución y la revolución de sus respectivos países mediante un acto de pensamiento, de palabra dicha o bien puesta por escrito. Estos hombres, además, se los hallará en los sindicatos, en los partidos políticos, en los grupos culturales y en las iglesias. Trataré de limitarme constantemente a este nivel de responsabilidad. (Ricoeur, 2012, p. 17)

Ricoeur no les habla solo a académicos, sino a mujeres y hombres que se encuentran comprometidos con su época y que asumen la responsabilidad con la historia. Los partidos, los sindicatos y las iglesias son las instituciones mediadoras entre el hombre y la historia. En el texto, el

³ La figura del «yogui » y la del «comisario » aparecen en *Humanismo y terror* de Maurice Merleau-Ponty como dos formas extremas de relación entre conciencia, historia y política. Merleau-Ponty las utiliza para pensar tanto el moralismo abstracto como el pragmatismo revolucionario convertido en aparato de poder. El “yogui” representa la posición de quien pretende mantenerse puro frente a la historia. Es la conciencia que se repliega sobre sí misma, que privilegia la interioridad, la moral individual o la contemplación espiritual antes que el compromiso con las contradicciones reales del mundo histórico. El yogui quiere juzgar la historia desde un punto exterior a ella. Su ideal es una pureza ética sin mediaciones.

filósofo francés establece ciertas líneas de acción y de problematización del pensamiento para llevar a cabo el compromiso.

Ambos ensayos permiten comprender que, para Ricoeur, la lucha contra el mal no se juega únicamente en el plano de la denuncia moral, sino en la capacidad efectiva de reducir el sufrimiento presente en el mundo histórico. Si todo mal cometido por unos hombres sobre otros produce sufrimiento, entonces toda práctica ética y política orientada a disminuir la violencia constituye ya una forma concreta de combate contra el mal. La cuestión no pasa por alcanzar una sociedad reconciliada o exenta de conflicto, sino por intervenir sobre aquellas configuraciones históricas que intensifican el padecimiento humano.

En este sentido, tanto la no violencia activa como la tarea del educador político aparecen como intentos de inscribirse en la historia para transformarla parcialmente. Ricoeur no piensa el compromiso desde una posición exterior a los conflictos de la época, sino desde una participación situada en las mediaciones concretas de la vida social y política. Partidos, sindicatos, movimientos e instituciones son comprendidos como espacios desde los cuales es posible actuar sobre el curso de la historia y disminuir las formas de sufrimiento producidas por la violencia económica, política y social.

De este modo, la respuesta práctica al problema del mal adquiere una dimensión eminentemente histórica. La acción ética y política no elimina definitivamente el mal, pero puede limitar sus efectos, contener la violencia y abrir posibilidades más justas de existencia común. En este punto radica, considero, uno de los aspectos más fecundos del pensamiento ricoeuriano para el presente: comprender que el compromiso con la historia encuentra uno de sus sentidos fundamentales en la tarea siempre inacabada de reducir el sufrimiento humano.

VII. Conclusiones

Ahora bien, los puntos trabajados en este artículo no agotan la cuestión del mal en el pensamiento de Ricoeur. Así como se señaló en la introducción el modo en que la acción es un tema que atraviesa la obra del filósofo francés, también podría decirse lo mismo de esta cuestión. Lo que quise destacar a lo largo de las páginas precedentes es el modo en que el abordaje acerca de la cuestión, la reconfiguración ricoeuriana acerca del mal, conlleva una interpelación a la acción.

En este aspecto, los planteos de Ricoeur acerca del mal conducen a la filosofía hacia una dimensión donde, al mismo tiempo, ella toma conciencia de sus límites y se ve interpelada a sobrepasarlos. La caracterización del mal como un escándalo y como un desafío al pensamiento reflexivo, significa un regreso a la experiencia, a una historia donde el sufrimiento y el dolor no

pueden ser reducidos a un concepto claro y distinto. El mal atraviesa nuestra historia de manera efectiva y el clamor de los sufrientes es irreductible al concepto.

El mal está ahí, en nuestro mundo, en nuestra historia, como una presencia que no debería ser. Sin embargo, existe. En este punto, es importante señalar que esto significa no un punto de llegada, sino un punto de partida. Su realidad nos convoca a la acción, a luchar contra él. La reflexión de Paul Ricoeur acerca del carácter inescrutable del mal interpela al compromiso. De su problematización se nos reorienta a la dimensión ética y política de la existencia humana. Este compromiso también se nos presenta de manera ambigua y paradójal. Se trata de involucrarse en las fuerzas históricas que se despliegan en el mundo, en instituciones que constituyen el entramado social y político de nuestro mundo, no de una posición individual.

Para finalizar, considero que el pensamiento de Ricoeur, tanto en esta cuestión como en muchas otras, es sumamente relevante y de una actualidad intempestiva. Las guerras, la desigualdad social, la marginalidad y la violencia naturalizadas se encuentran hoy, en pleno siglo XXI, extendiéndose sobre el mundo. El sufrimiento de millones se torna una realidad efectiva con la que convivimos a diario. Y ese sufrimiento nos convoca al pensamiento, a la acción, a la asunción de nuestra responsabilidad con el otro. La filosofía de Ricoeur tiene mucho por decirnos al respecto.

Referencias Bibliográficas

- Cladakis, M. (2024), “La articulación entre ágape y justicia en la problematización acerca del reconocimiento en Paul Ricoeur”, *Tópicos. Revista de filosofía de Santa Fe*, Nro. 46, pp. 1-12.
- Pesaresi, C. (2017), “De la lutte pour la reconnaissance au don de soi. Patočka et Ricoeur lecteurs de Hegel”, *Meta: Research in Hermeneutics, Phenomenology, and Practical Philosophy* IX, pp. 484-506.
- Ralón, G. (2011), “Violencia e historia”, *Investigaciones fenomenológicas* 3, pp. 407-417.
- Ricoeur P. (1991). “El escándalo del mal”. *Revista de Filosofía* 3a época, vol. IV, núm. 5, pp. 191-198.
- Ricoeur, P. (2008), “El mal: un desafío a la filosofía y a la teología” pp. 171-189, en *Fe y filosofía. Problemas del lenguaje religioso*, Prometeo.
- Ricoeur, P. (2004), *Finitud y culpabilidad*, Trotta.
- Ricoeur, P. (2006), *Los caminos del reconocimiento. Tres ensayos*, Trotta.
- Ricoeur, P. (2015), *El conflicto de las interpretaciones*, Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2012), *Política, sociedad e historicidad*, Prometeo.

Martínez Martínez, J. P., (2012), “El mal sufrido como vía de acceso a la trascendencia: una revisión del problema del mal en Paul Ricoeur”, *Circunstancia: revista de ciencias sociales del Intituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset*, pp. 137-162.

Martínez Sánchez A. (2000), “La filosofía de la acción de Paul Ricoeur”, *Isegoría* 22., pp. 207-227.

Merleau-Ponty, Maurice (1956). Humanismo y terror. Buenos Aires: Leviatán.

Moya Mena, S. (2006), “La exterioridad del mal en Paul Ricoeur”, *Espiga* 13, pp. 23-40.

Patocka, J. (1999), *Essais hérétiques sur la philosophie de l' histoire*, Verdier.

Peña Vidal, J. (2009), *El mal para Paul Ricoeur*, Cuadernos de Anuario Filosófico.